

ter, mas al salir de la audiencia de Tuman-Bai, fueron muertos por un señor de su corte, llamado Alan-Bai, el cual escusó aquel asesinato por la indignacion que le habian causado, según decia, las proposiciones de que eran portadores. Despues de una semejante violacion del derecho de jentes, la guerra era inevitable: Djanberdi-Ghazali, jeneral de los mamelucos, encontró cerca de Gaza, en la frontera de Siria, la vanguardia de los Otomanos, mandada por Sinan-Bajá. Despues de un combate encarnizado, la superioridad de su artilleria les aseguró aun todavía la victoria, y entraron como vencedores en Gaza. Mientras que el visir batia de aquel modo á las tropas ejiptias, Sultan-Selim salió de Damasco, visitó, en Jerusalem, los sepulcros del Profeta, el peñasco donde Abraham habia sacrificado al Eterno, y el sepulcro donde descansa el patriarca en Hebron. Volviendo á su campamento halló á Sinan-Bajá, le regaló un sable de honor, y distribuyó dinero á sus tropas. En seguida se dispuso para atravesar el desierto. Habiéndose atrevido Huzein-Bajá á hacerle presente el peligro de aquella empresa, el Sultan le hizo cortar la cabeza, y se puso en marcha, despues de haber recibido el juramento de fidelidad de los jeques de las numerosas tribus árabes, y las llaves de Jerusalem, de Hebron, Safed, Naplusa y Tiberiades. En diez dias atravesó el ejército otomano el desierto de Kattine. El 29 zilhidge 922 (22 de enero de 1517), ofreció el combate á Tuman-Bai. Apenas se habia empeñado la accion, cuando un destacamento desoldados de caballeria cubiertos de acero se arroja hácia el estandarte de Sultan-Selim. El mismo Tuman-Bai mandaba aquel cuerpo escogido acompañado de sus dos jenerales Kurt-Bai y Alan-Bai. Aquellos tres guerreros habian formado el atrevido proyecto de apoderarse de Selim; afortunadamente para aquel príncipe, tomaron á Sinan-Bajá por el sultan, y Tuman-Bai traspasó al visir de un lanzazo. Los dos jenerales ejiptios atacaron á Mahmud-Bey y á Alí el Khaznedar, los cuales esperimen-

taron la misma suerte que Sinan (1). A pesar de aquellas hazañas caballerescas, no pudieron los mamelucos luchar contra la terrible artilleria otomana; dejaron veinte y cinco mil muertos en la llanura de Ridania.

Despues de aquella victoria, Sultan-Selim envió una guarnicion al Cairo; pero Tuman-Bai habiendo vuelto á él secretamente durante la noche, la hizo matar toda entera. La ciudad fué sitiada de nuevo, y vuelta á tomar por los Otomanos despues de un combate encarnizado que duró tres dias y tres noches. Sultan-Selim, para apresurar la rendicion de los mamelucos, hizo proclamar una amnistia jeneral; y cuando ochocientos de ellos, fiándose en la palabra del sultan, se hubieron constituido prisioneros, los hizo decapitar sin escrúpulo, y añadió á aquel acto de crueldad que se renueva demasiado á menudo contra los desgraciados vencidos, la matanza jeneral de los habitantes. Un solo jefe mameluco, el valiente Kurt-Bai, oculto en una casa del Cairo, habia sobrevivido á sus hermanos de armas. El sultan le hizo entregar, por uno de sus amigos, en señal de perdon, paño y el Alcoran; Kurt-Bai, tranquilizado con aquellos regalos, que equivalian á un empeño sagrado, se presentó ante Selim; este príncipe estaba sentado sobre su trono: «Tú eres el héroe de los caballos, le dijo; ¿dónde está ahora tu valor?—Siempre le conservo, respondió el mameluco—¿Sabes lo que has hecho á mi ejército?—Mucho bien.» Habiendo el sultan manifestando en seguida su admiracion por el atrevido ataque que habia osado tentar, Kurt-Bai exaltó el valor brillante de los mamelucos, y habló con desprecio de la artilleria que daba la muerte como un asesino. Añadió que bajo el reinado de Eschret-Kansu, un Moro trajo balas de cañon á Egipto, que aquel monarca desdeñó semejante innovacion como una cobardía, y que el Moro exclamó: «Quien viva

(1) Sultan-Selim dijo con motivo de la muerte de aquel célebre visir: «Hemos conquistado el Egipto, pero hemos perdido á José.» (Sinan, significa «José».)

verá perecer este imperio por estas mismas balas.»—«Dijo la verdad, añadió tristemente Kurt-Bai, ¡y solo Dios es todopoderoso!» Despues de una larga conversacion entre el sultan y su prisionero, Selim irritado con el orgullo de Kurt-Bai, llamó á los verdugos, y el bravo guerrero ejiptio recibió la muerte sin espanto y maldiciendo al trasfugo Khair-Bai, cuyos avisos secretos habian contribuido á la victoria de Selim.

Tuman-Bai, refugiado en la orilla oriental del Nilo, reunió el resto de los mamelucos escapados del hierro de los Otomanos, á cinco ó seis mil Arabes hawares; con este pequeño ejército, resistió todavía durante algun tiempo á las tropas victoriosas de Selim, y hasta alcanzó una ventaja bastante grande para obligar á los Otomanos á retirarse al Cairo, despues de haber perdido seis mil hombres. Cansado Sultan-Selim de la prolongacion de aquella lucha, ofreció de nuevo la paz á Tuman-Bai, con la condicion que le reconoceria vasallo de la Puerta. Mustafá-Bajá, encargado de aquella negociacion, fué muerto, con su comitiva, por los mamelucos y desdeentónces no tuvo Selim ningun miramiento. Represalias terribles señalaron su venganza: cuatro mil mamelucos y sesenta beyes recibieron la muerte. Tuman-Bai, en vez de retirarse al alto Egipto, se escapó al Delta. El monarca otomano, fatigado cada dia mas y mas con aquella campaña interminable, hizo hacer al sultan ejiptio nuevas proposiciones de paz, por el intermedio del emir Khoch-Kadem, uno de los beyes desertores de la corte de Tuman-Bai. Habiendo sido tambien muy mal recibido aquel embajador y vistose obligado á retirarse, se dispuso Selim á marchar en persona sobre Djizé con cuarenta mil hombres. Habiéndose suscitado una querrela entre los Arabes y los mamelucos, vinieron á las manos; los primeros fueron rechazados, y se escaparon, perseguidos por los mamelucos, hácia el campo otomano. Sultan-Selim dirigió contra ellos su artilleria, la cual lanzó sus balas sin

distincion contra vencedores y vencidos. Tuman-Bai pidió socorros á los Arabes de la tribu Ghazali, cuyos jefes le respondieron: «¡Dios nos preserve de resistir mas tiempo á un amo victorioso tal como Sultan-Selim!» Batiéronse de nuevo mamelucos y Otomanos; precipitábase inopinadamente los Arabes de Ghazalé sobre los mamelucos; Djanberdi-Ghazali, disfrazado en Arabe, provoca á Tuman-Bai en pelea singular; el príncipe acepta el desafio, derriba de la silla á su adversario, y se prepara á pasarle con su lanza, cuando Ghazali esclama: «¡Gracia, en nombre del Profeta, y por el misterio del jeque Abu-So, oudul-Djahiri!» A estas palabras (especie de invocacion masónica cuyo sentido no ha podido todavía descifrar nadie), Tuman-Bai retira su lanza y deja la vida al vencido.

Viéndose Tuman-Bai en la imposibilidad de resistir á las fuerzas de los Otomanos, se retiró cerca del Arabe Hazan-Meri, á quien habia libertado, á su advenimiento al trono, de la prision donde le habia encerrado Kansu-Ghawri con todos los suyos. Obligado á ocultarse en una vasta caverna, último asilo que debia á la piedad de su huesped, el príncipe mameluco dijo á sus beyes: «Aquí estamos mas seguros que en una fortaleza, si Hazan-Meri no nos vende.—Que Dios venda al traidor,» respondieron ellos. Algunos dias despues, el pérfido Arabe habia violado los sagrados derechos de la hospitalidad, y Tuman-Bai se hallaba en poder de Selim: «¡Dios sea alabado! exclamó aquel príncipe; ya está conquistado el Egipto.» Conducido Tuman-Bai ante el sultan, le saludó con deferencia, Selim le devolvió el saludo, y le convidó á asentarse; un silencio de algunos instantes reinó por de pronto entre los dos príncipes. Sultan-Selim tomó en fin la palabra, y reprendió á Tuman-Bai su violacion del derecho de jentes en la persona de los embajadores otomanos, y su negativa en reconocerse feudatario de la Puerta; el príncipe ejiptio echó la culpa del primer agravio á los beyes, y se justificó del

segundo por la obligacion sagrada de defender las ciudades santas de la Meca y de Medina: « Pero ¿ cómo podrás tú, añadió, justificarte delante de Dios de tu injusta agresion? » Selim quedó desconcertado al oír aquel lenguaje lleno de dignidad; le espuso á su vez las razones que le habian decidido á la guerra con el Egipto. « Sultan de Roum, tú no eres culpable de la caída de nuestro imperio, sino esos traidores, » dijo entonces Tuman-Bai, señalando á Khair-Bai y Ghazali. Selim admirando el buen carácter de su prisionero, le hizo tratar con toda especie de miramientos: bien pronto llegó el valiente Chadig-Bai á participar del cautiverio de su amo. Compadecido el sultan de las desgracias de los dos héroes, y haciendo justicia á su valor, tenia intencion de conservarles la vida; mas los traidores Kair-Bai y Ghazali, ultrajados del menosprecio con que les habia tratado el altivo prisionero, despertaron las sospechas de Selim, apostando á su paso un hombre que exclamó: « Que Dios conceda la victoria al sultan Tuman-Bai. » Aquellas palabras irritaron de tal modo el espíritu sombrío del monarca otomano, que ordenó el suplicio del ilustre prisionero. Aquel valiente y desgraciado príncipe fué ahorcado el 21 rebiul-ewwel 923 (13 de abril de 1517). Selim le hizo rendir los últimos honores; asistió á las oraciones de los funerales, hizo inhumar su cuerpo en el mausoleo construido por Kansu-Ghawri, y distribuyó durante tres dias algunas bolsas de oro á los pobres. Recompensó en seguida la traicion de los beyes y de los jefes árabes que le habian entregado el Egipto y su soberano; los unos fueron investidos con sanjacatos, los otros recibieron oro y vestidos de honor.

Después de la pacificacion del Egipto, permaneció Sultan-Selim un mes entero en el Cairo, y visitó todos los monumentos de aquella célebre ciudad, entre otros su mas antigua mezquita, construida en el año 263 de la éjira (876), y la llamada Ezheriite (la floreciente), famosa por sus cuatro universidades de las cuatro sec-

tas ortodoxas del islamismo, y por su biblioteca, resto precioso de la civilizacion oriental, conservado desde el siglo décimo hasta nuestros dias. En la mezquita de Muhammedud-Daheri, dió Sultan-Selim un ejemplo de humildad, único en la historia de los monarcas otomanos: hizo levantar el tapiz que cubria el embaldosado del templo, tocó las baldosas con su frente y las mojó con sus lágrimas. El piadoso sultan quiso ver en seguida una mezquita situada en las orillas del Nilo, en la que enseñan, sobre tablas de madera y hierro, las huellas de los pies del Profeta, señales preciosas á los ojos de los musulmanes, y que el fundador de aquel templo habia comprado á los Arabes en sesenta mil dracmas de plata.

El Cairo poseia igualmente academias dignas de atencion: la primera, fundada por Silauddin el Grande (el gran Saladino), es célebre por sus profesores y sus alumnos; está situada en un arrabal llamado Karafa. La segunda academia fué establecida por el sobrino de Silahuddin, Kamli, de quien retuvo el nombre de Kamilié. Los mamelucos del Nilo ó Baharitas, sucesores de los Euyhytas, erijieron las academias de Darriié, de Bibarsiié, de Mansurié y de Nasirié. Los mamelucos tcherskes, que reemplazaron á los baharitas, durante los ciento y treinta años que duró su dominacion, no construyeron mas que dos academias, *Daherrie*, en 788 (1386), y *Mueiiedite*, en 819 (1416).

Sultan-Selim se dirigió en seguida á la isla de Radudha (isla de los jardines) donde se halla el Mykias ó Nilometro. Hizo construir una casa de recreo abovedada, donde estableció su corte. Mientras que el sultan se hallaba en aquella residencia, tuvo amenazada su vida por un bey mameluco llamado Kansu-Adili. Habiéndose aproximado este último del Mykias, á favor de la noche, subió sobre el tejado de la casa, y trató de penetrar en las habitaciones de Selim; no pudo lograrlo, y viéndose descubierto, se arrojó al Nilo y se salvó á nado. Muchos centenares de

nadadores enviados en su persegui-miento no pudieron darle alcance. Un segundo acontecimiento, de otro género, vino todavía á poner en peligro los dias de Selim: queriendo saltar á la orilla desde su barca, se cayó en el Nilo, de donde le retiró con mucho trabajo el patron Abdul-Kadil. El sultan prometió á su salvador acordarle la gracia que le pidiese: el pecador se contentó con la exencion de todo derecho de peaje en los puertos del Nilo y del mar. Selim le hizo expedir inmediatamente la carta de franquicia firmada de su propio puño.

El Nilometro, que fecha de la mitad del siglo noveno, y la bóveda levantada por Sultan-Selim, subsisten todavía en el dia de hoy.

El 28 de mayo de 1517 (7 djemaziul-oula 925), Sultan-Selim se dirigió á Alejandría, donde Piri-Bajá, Kaim-mekam de Constantinopla (*caimakan*, teniente del gran visir), acababa de conducir la flota otomana. Después de haberla visitado detalladamente, se volvió á Rhaudha, y allí pasó una revista jeneral, en la cual distribuyó dinero á sus tropas. En seguida retiró la administracion del Egipto de entre las manos del gran visir Yunis-Bajá, y la dió á Khair-Bai, mejor colocado en aquel gobierno á causa de sus relaciones con los jeques árabes. En aquella época, el historiador Idris, á quien el sultan tenia en una gran estima, se atrevió á entregarle una *Kazidé*, (pequeño poema) compuesto de trescientos versos persas, en la cual le pintó las desgracias de los habitantes, entregados á la codicia del deſterdar de Egipto y del Kazi'asker de Romelia. A este envió acompañaba una carta en la que suplicaba al sultan que le permitiese abandonar el Egipto, si no se reprimian las concusiones que señalaba. La noble y esforzada franqueza del historiador no fué castigada, tanto apreciaba Selim á los sabios. Una segunda anécdota del mismo género prueba que aquel príncipe, acusado de crueldad y despotismo, sabia algunas veces oír la verdad: Kemal-Bajá-Zadé, kazi-asker de Anatolia, á instancia de los

demás jefes, debia procurar decidir al sultan á volver á Constantinopla. Selim le ofreció por sí mismo la ocasion, preguntándole qué era lo que se decia en el ejército. Kemel-Bajá le respondió que acababa de oír la cancion de un soldado que exprimía el deseo de volver bien pronto á la Romelia. El sultan acojió favorablemente aquella insinuacion indirecta del voto jeneral. Ordenó los preparativos para la marcha, y aunque comprendió que la fábula de la cancion del soldado era inventada por Kemal-Bajá, lejos de enfadarse, le regaló quinientos ducados.

La Meca, encadenada á la suerte del Egipto pasó, con aquella vasta comarca, bajo la dominacion de Selim. El cherif Muhammed-Abul-Berekiat, el trijésimo-cuarto de los príncipes de la casa de los Beni-Kitadé, le hizo presentar, por su hijo Abu-Naumi, las llaves de la Kaaba, en una bandeja de plata. El sultan, declarado *el protector y el servidor* de la Meca y de Medina, envió á las dos ciudades santas un *surré* (zurrón) de veinte y ocho mil ducados: suma doble de la que su padre Bayezid II consagró á aquel uso piadoso. Empleó además doscientos mil ducados, en arroz y trigo, para distribuirlo todo entre los cherifes y jeques, entre los notables y pobres de aquellas ciudades. Asistió en seguida á la ceremonia de la apertura del canal del Cairo, en la época de la crecida del Nilo; volvió por fin á la Siria, llevando de aquella expedicion, además de mil camellos cargados de oro y plata, una infinidad de objetos de valor, entre otros una cornalina encarnada, montada en sortija, en medio de la cual hizo grabar esta inscripcion; *Chdh-Sultan-Selim*: y á los lados esta leyenda: *Tewe-Kukul'al-Khalyk, resignacion al Creador*. Este sello fué desde entonces el que debe poner sobre la puerta exterior del tesoro el Khazine-kiaiazi (intendente del tesoro interior).

Al salir del desierto de Kaitiúé, dió el sultan á Yunis-Bajá: « ¡ Ya tenemos el Egipto detrás de nosotros, y mañana llegaremos á Gaza! » « Y cuál es el fruto, replicó el impru-

dente visir, de tantas penas y fatigas. ¡la mitad del ejército ha perecido por los combates ó en las arenas, y el Egipto está gobernado en el día por traidores!» Selim castigó con la muerte la esposicion de su ministro. Piri-Bajá, Kaim-mekam de Constantinopla, sucedió á Yunis en en el visirato.

Llegado á Damasco, se ocupó el sultan en la administracion interior del país: organizó el impuesto público en Siria, hizo levantar el catastro de aquella provincia importante, y pagó la deuda contratada al principio de la campaña con los poseedores de los grandes feudos de la caballería. Se ocupó igualmente de los negocios exteriores, renovó los tratados con Venecia, y prolongó por un año mas la tregua con la Hungría.

Durante la permanencia del ejército en Damasco, hizo el sultan de incógnito la romería de los santos sepulcros de Hebron y Jerusalem; volvió en seguida á Constantinopla, descansó diez dias, y se dirigió á Andrinópolis, donde su hijo Suleiman se despidió de él y se volvió á su gobierno de Suruckhan, con un aumento de quinientos mil aspros de renta. Para reparar el aniquilamiento reclamó de Venecia el pago de dos años del tributo que debía aquella república por la posesion de la isla de Chipre.

En 1518 y 1519 (924 y 925), un innovador, llamado Djelali, fué derrotado con todos sus partidarios, cerca de Kara-Hysar. Apenas se comprimó aquella sublevacion, corrió un rumor sobre la aparicion de un nuevo pretendiente, hijo de Ahmed y sobrino del sultan; mas aquel rumor, que inquietó un instante al sultan, fué bien pronto desmentido.

Hacia aquella época, estalla la peste en Andrinópolis. Vuelve el sultan á su capital, donde se ocupa del acrecentamiento de su marina: construyéronse ciento y cincuenta navíos y cien galeras, mientras que se reunía un ejército de sesenta mil hombres. Creyóse entonces que la flota estaba destinada al ataque de la isla de Rodas, y que las tropas de tierra

debían servir á una expedicion contra la Persia. Sin embargo Sultan-Selim dijo un día á sus visires: «Vosotros me empujais para que haga la conquista de Rodas; mas sabéis todo cuanto es necesario para ello, y podeis decirme cuáles son vuestras provisiones de pólvora?» Los visires no supieron qué responder; mas al siguiente dia vinieron á decirle que tenían municiones para cuatro meses. «¿Qué se hará con semejante provision?» exclamó Selim con enfado; yo no haré el viaje de Rodas con semejantes preparativos: por otra parte yo creo que no tengo mas viaje que hacer que el del otro mundo.» No le engañó aquel presentimiento de su cercano fin; Sultan-Selim murió poco tiempo despues, yendo de Constantinopla á Andrinópolis. Habiendo querido montar á caballo, á pesar de los sufrimientos que le ocasionaba un tumor que le sobrevino en la ingle, se halló acometido de dolores tan vivos entre Tchorkou y el pueblo de Ograch-Keni, el mismo donde habia librado batalla á su padre, que se vió forzado á detenerse. Espiró el 8 chawal 926 (22 de setiembre de 1520). Los visires se reunieron y resolvieron tener secreta la muerte de Selim hasta la llegada del principe Suleiman, á quien inmediatamente habian despachado correos.

Sultan-Selim tenia cincuenta y cuatro años, y habia reinado nueve. De alta estatura, tenia el tronco del cuerpo muy largo, y cortas las piernas; su cara era llena y muy colorada; sus ojos eran grandes y centellantes, sus cejas muy espesas; bigotes enormes le daban un aire duro y hurano; es el único entre todos los sultanes que haya llevado la barba afeitada: esta innovacion, que quebrantaba el precepto del Alcoran, chocó al pueblo, y dió lugar á mil dichos satíricos. Habiéndoselo hecho entender el mufti, en forma de chanza, respondió, en el mismo tono, que solo habia obrado de aquel modo para no dejar á sus ministros donde pudiesen agarrarse. En efecto, era muy severo con ellos. Un dia ordenó al gran visir enarbolar, en señal de

guerra, las colas de caballo delante de su puerta, y hacer establecer tiendas en un paraje conveniente. Habiéndole preguntado el visir en qué cuartel queria su Alteza que se estableciesen, le hizo matar. El mismo trato espermentó el sucesor de aquel ministro, por haberle hecho una pregunta semejante. En fin, un tercero, queriendo evitar la suerte de sus predecesores, levantó tiendas hácia los cuatro puntos cardinales, y tomó, con la mayor prontitud, todas las medidas necesarias para una expedicion militar. Satisfecho el sultan con aquellas disposiciones, dijo entonces: «La muerte de dos visires ha salvado la vida de un tercero, y me ha procurado un ministro tal cual lo necesito.»

Citanse aun de Sultan-Selim muchas respuestas que pintan la ferocidad de su carácter. Tomarémos una sola de las numerosas relaciones tradicionales esparcidas entre los Otomanos: en el reinado de Bayezid II, algunas provincias limitrofes de la Persia pagaban á aquel imperio un ligero tributo de algunos tapices (*Tchul*). Cuando Selim subió al trono, le preguntaron los gobernadores su intencion sobre aquella materia: «Decid á las cabezas encarnadas (1) (*Kizilbach*), respondió, que el padre de los vendedores de tapices (*tchouldji-babaci*) no existe ya, y que el padre de los topuz (masas de armas) le ha reemplazado.»

De un espíritu emprendedor, de una actividad devoradora, de un natural colérico y despótico, Sultan-Selim, entregado enteramente á los negocios de su imperio, tenia poco gusto por los placeres del harem y de la mesa; pero amaba apasionadamente la guerra, la caza y todos los ejercicios violentos. Dormia poco, y pasaba la mayor parte de las noches

en leer ó componer; poeta distinguido, ha dejado una coleccion de odas persas, turcas y árabes. Protector de los sabios y literatos, les concedia los mas altos empleos, cuando les creia capaces de desempeñarlos. El lejista Ahmed-Kemal-Bajá-Zadé le siguió á Egipto en calidad de cronista; Ideris el historiador estuvo encargado de la organizacion administrativa del Kurdistan; el poeta Sati recibió de Sultan-Selim dos pueblos de una renta de once mil y quinientos aspros. Era pagar con jenerosidad una *kacidé*, en la que el cortesano habia celebrado el advenimiento al trono de Selim.

Muy celoso en mantener el orden en su imperio, tenia aquel principe la costumbre de disfrazarse, y pasear de aquel modo en medio del pueblo, para ver por sí mismo si no contravenia á las leyes. Además de aquella vijilancia personal, tenia numerosas espías que le daban cuenta de cuanto veian y oian, castigaba á los culpables con tanta mayor severidad, que su natural le inclinaba á la crueldad y á la tiranía. Hizo perecer á sus hermanos y sobrinos, á siete visires, un gran número de altos dignitarios; la muerte tan repentina de su padre Bayezid II se cuenta en el número de sus crímenes. Tenia por tanto un trato agradable con los sabios y con todos aquellos á quienes acordaba su amistad. Manifestó siempre la mayor deferencia por el célebre mufti Djemali, por sobrenombre *Zembilli-Mufti*, á causa de la costumbre que habia tomado de colgar en su ventana una cesta (*zembil*) donde iban á depositar cuestiones canónicas, á las que respondia por el mismo conducto. El valor y la humanidad de Djemali triunfaron muchas veces de la severidad de Selim. Hizo revocar la sentencia de muerte dada contra ciento y cincuenta empleados del tesoro, obteniendo no solamente el perdón, sino tambien su reintegracion. Cuatrocientos negociantes habian sido condenados á la pena capital por contravencion á la ordenanza que prohibia el comercio de las sedas con la Persia. El mufti abo-

(1) «Cabezas encarnadas» es una locucion despreciable de que se sirven los Otomanos para designar á los Persas, y que trae su origen del peinado encarnado que Halder, padre de Cháh-Ismaíl, habia hecho adoptar á sus partidarios, cuando estallaron las turbulencias en Persia á la muerte de Uzun-Hazan, principe de la dinastia del Carnero-Blanco. Todavía en nuestros dias, rechazan los Persas, como un insulto, la denominacion de «cabezas encarnadas».

gó acaloradamente su causa; pero Selim le respondió con impaciencia: «¡No te mezcles en asuntos del gobierno!» Indignado Djemali, se retiró sin saludar al sultan, el cual, á pesar de su cólera, concluyó con reflexionar sobre la noble resistencia del mufti, y perdonó á los culpables. Para manifestar su aprecio á Djemali, quiso revestirle con las dos dignidades mas altas de la majistratura, y le escribió que le nombraba juez de la Romelia y de la Anatolia: Djemali rehusó, habiendo prometido á Dios, dijo, no aceptar jamás funciones políticas. Apreciando el sultan los motivos de su negativa, le regaló quinientos ducados. El virtuoso mufti fué igualmente el protector de los cristianos y de los musulmanes. Despues de la matanza de los sectarios de los chiis, quiso Selim esterminar tambien á los cristianos. Djemali logró obtener la revocacion de aquella orden bárbara, inclinando secretamente al patriarca de Constantinopla para que compareciese delante del sultan, y reclamase la promesa de Muhammed-el-Fatyh, el cual, cuando tomó á Constantinopla, aseguró á los cristianos la vida y el libre ejercicio de su culto. El patriarca recordó al sultan que el Alcoran prohibia las conversiones por la fuerza y prescribia la tolerancia. El sultan se rindió á aquellas razones, y se contentó con cambiar en mezquitas las iglesias, y con hacer construir otros templos en madera para el culto de los cristianos.

Sultan-Selim gustaba vestir con lujo y elegancia: llevaba un kaftan ricamente bordado. Al bonete cilíndrico de sus sucesores substituyó un nuevo adorno en la cabeza que ha conservado el nombre de *selimi*: es un bonete redondo, enteramente oculto bajo el chal que le rodea con sus numerosos pliegues; este turbante se asemeja á la corona (*tadj*) de los schach de Persia, con la que Selim le comparaba.

Aquel príncipe, no menos supersticioso que intrépido, debió en parte la confianza con la que tentó las empresas mas azarosas á una predic-

cion singular que, segun algunos historiadores, le habian hecho á su padre Bayezid II, cuando no era todavía mas que gobernador de Amasia: un derviche se presenta un día á la puerta de palacio, y dice en alta voz que el imperio debía congratularse del nacimiento de un nuevo vástago de la raza otomana; que aquel príncipe levantaria el resplandor y la majestad del trono; que su nombre brillaria como el sol en toda la tierra; que su reinado seria inmortalizado por siete acontecimientos notables, indicados por siete manchas que se encontrarían en el cuerpo del príncipe. Selim nació en aquel mismo día; le visitaron, y vieron, ó mas bien creyeron ver, las siete señales anunciadas por el derviche; mas adelante esplicaron su prediccion por los siete hechos mas importantes de su vida.

Léese, en los mismos autores, otra anécdota que contamos, sino como una verdad histórica, á lo menos como un ejemplo del espíritu supersticioso que, en aquella época, animaba del mismo modo al soberano que á sus súbditos: decidido á atacar á Tuman-Bai, pero contrariado en su proyecto por su consejo, que solo hablaba de paz, Sultan-Selim fué á consultar á un solitario famoso en el arte de adivinar. Aquel hermitaño le predijo que triunfaria de su adversario, y [que todo el Egipto se le someteria. Selim, lleno de alegría, le colmó de caricias y presentes; pero antes de separarse de él, arrastrado por una curiosidad indiscreta, quiso conocer su destino y la duracion de su vida. El anciano se excusó durante mucho tiempo; cedió por fin á las reiteradas súplicas del sultan, y le anunció que su reinado no se estenderia hasta nueve años completos, pero que estaria lleno de acontecimientos curiosos, que le asegurarian un rango distinguido en la historia. A aquellas palabras, Selim cayó en un melancólico abatimiento, y arrojó profundos suspiros. Quiso por tanto conocer tambien el horoscopo del príncipe Suleiman, su hijo: «Reinará cerca de medio siglo, respondió el jeque, y



Maron, del. et sc.

Lempereur, gravé.

Sultan Suleiman le Législateur.

El Sultan Suleiman, el legislador.

se distinguirá igualmente por acciones brillantes y virtudes guerreras. — ¡ Ah! replicó Selim, vertiendo lágrimas, si Allah me hubiese acordado un reinado tan largo, habría igualado al rey Salomón (*Suleiman*). »

A pesar de las quejas fundadas que la historia hace á Selim, no podría negarse sin injusticia sus brillantes cualidades y las grandes cosas que ejecutó durante un reinado de nueve años. En aquel corto espacio de tiempo, venció al schach de Persia, destruyó la dinastía de los mamelucos, conquistó el Egipto, la Siria, la Mesopotamia y la Armenia. A estos títulos merece el elogio que el célebre juez Kemal-Bajá-Zadé, en una elejía sobre la muerte de aquel monarca, ha exprimido por una bella comparacion, familiar entre los poetas orientales: « Él ha hecho en poco tiempo grandes cosas, y sus laureles han cubierto la tierra con su sombra. El sol poniente se acerca á su objeto, la sombra que proyecta es inmensa, pero de corta duracion. »

CAPITULO XII.

SULTAN-SULEIMAN-KHAN I, POR SOBRENOMBRE EL KANUNI (EL LEJISLADOR), HIJO DE SULTAN-SELIM I.

Existen en la historia algunas épocas privilegiadas en que la naturaleza, tan avara por lo comun de grandes hombres, parece complacerse en prodigarlos. Bajo este aspecto, no hay período comparable con el siglo diez y seis de nuestra era, durante el cual reinaron en Francia, Francisco I, el rey caballeresco, el restaurador de las letras; en España, su feliz rival, Carlos V; en Inglaterra, Henrique VIII, el reformador despótico; y en el trono pontifical, el papa Leon X, aquel ilustre protector de las artes y de las ciencias que renacian bajo su pacífica influencia, mientras que el czar Vasili-Iwanowitch preparaba en Rusia las grandezas futuras de aquel vasto imperio; que Sijismundo I, en un largo reinado de cuarenta años, consolidaba el poderío de la Polonia, y que en Oriente el fundador de la di-

nastía de los Sefs, Cháh-Ismañ, y el mas ilustre de los Grandes Mogoles, Cháh-Ekber, rivalizaban en gloria con Sultan-Suleiman, que hasta los historiadores cristianos han llamado el Grande y el Magnífico. El príncipe que elevó el imperio de Osman al mas alto grado de poderío, que hizo personalmente trece campañas, que tomó á Rodas á los caballeros de Jerusalem, conquistó Belgrado, sometió el Chirwan, la Jeorjia, echó los fundamentos de una marina imperial, y coronó todos sus brillantes trabajos con la promulgacion de un código que ha gobernado durante tanto tiempo la nacion otomana, y por la construccion de monumentos de arquitectura justamente admirados, merece, por todos estos títulos, la fama que se reúne á su memoria. Sultan-Suleiman, además de su mérito real, atestiguado por las grandes cosas que ejecutó durante un reinado de cuarenta y ocho años, tenia á los ojos de los musulmanes supersticiosos, la triple ventaja de haber nacido al principio de un siglo (900-1494), lo mismo que Osman, el jefe de su dinastía; de llevar el nombre de Suleiman ó Salomón, príncipe-profeta por el cual tienen los Orientales la mayor veneracion, y de ser el décimo sultan otomano. El número diez está considerado entre aquellos pueblos como el mas perfecto; establecen su superioridad en diferentes razones tan estravagantes y pueriles las unas como las otras. Así es que el advenimiento de Sultan-Suleiman escitó el mas grande entusiasmo entre sus súbditos; creyeron ver en él un favorito del cielo, y el prestigio que le rodeaba á sus ojos, los preparó á las maravillas que ilustraron su reinado, y que le valieron por parte de su pueblo, además del sobrenombre de *Lejislador* (Kanouni), el de *Dominador de su siglo* (Sahyb-Kyran).

Luego que Suleiman hubo recibido en Magnesia el mensaje de Piri-Bajá, que le anunciaba la muerte de Sultan-Selim, partió á toda prisa, y llegó el 16 chewwal 926 (20 de setiembre de 1520) al nuevo serrallo. Al dia siguiente se celebró la cere-